

Sermón

25 octubre 2009, Fiesta de la Reforma

Textos: Juan 8:31-36

Hace muchos años, en una zona rural de Michoacán, un hombre campesino ya mayor de edad falleció, dejándole a su viuda solamente una pequeña manada de vacas. Siendo ella buena católica, fue a la iglesia y comenzó a pagar misas por su difunto esposo, para que su alma saliera del purgatorio. Sin embargo, como lo único que tenía eran las vacas, tuvo que venderlas para pagar las misas, y esto lo sabía el sacerdote de la iglesia. Después de aproximadamente un año de estar pagando misas, la pobre viuda fue con el sacerdote y le preguntó, “Padre, ¿cuánto falta para que el alma de mi difunto esposo salga del purgatorio?” Y el sacerdote le respondió, “¿Cuántas vacas te quedan, hija?” Ella le dijo, “Nada más una, padre.” Y el padre le contestó, “Entonces, ya merito, mi hija, ya merito.”

Esa historia me la contó un pastor luterano. Los ancianos de la historia eran sus abuelitos. Y creo que esa historia ilustra muy bien el poder que tenía la Iglesia Católica sobre la gente en la antigüedad, incluyendo la época en que vivía Martín Lutero. Se creía que la Iglesia, o sea, el clero, tenía el poder para sacar las almas del purgatorio, donde sufrían penas y tormentos, y enviarlas al cielo. Y como en esta historia de la viuda y las vacas, por tener ese poder sobre las almas, la Iglesia tenía poder sobre todos los aspectos de la vida de la gente, su dinero, sus posesiones, su tiempo, y todo lo que tenían. De esta forma la Iglesia oprimía a la gente, o para usar una frase de Lutero, trasquilaban las ovejas. Y por eso Lutero denunció la venta de indulgencias, por ver que era una forma más de abusar de la gente y quitarle su dinero injustamente.

En términos generales, lo que les da a unos poder sobre otros es el miedo, el temor. El temor a los sufrimientos del purgatorio que la iglesia infundía en el pueblo hacía que la gente estuviera dispuesta a entregar todo lo que tenían para evitar esos sufrimientos. Así se reduce a la gente a la esclavitud: infundiéndole temor con amenazas y castigos. Así es como la gente se vuelve sumisa y se calla ante la injusticia.

En un principio, así era Lutero como monje. Pero cuando por fin se atrevió a cuestionar esos abusos públicamente, clavando a la puerta de la Iglesia de Wittenberg las 95 tesis en las que denunciaba la venta de indulgencias como una práctica opresiva, tuvo que armarse de valor. Porque vino una reacción muy fuerte en su contra desde Roma, la sede de poder de la Iglesia, exigiendo que se callara y que se sometiera. Lutero tuvo que tomar una decisión: ¿Me callo? ¿Dejo de denunciar los abusos? ¿Me vuelvo sumiso? A esas preguntas, Lutero respondió, “No, no puedo callar. Tengo que decir la verdad, cueste lo que cueste, aunque por ello tenga que pagar con mi vida.” A partir de ese momento, Lutero se convirtió en otra persona. Fue transformado completamente. Se convirtió en un hombre que ponía toda su vida en manos de Dios, un hombre de fe que decía, “Aquí estoy, Señor. Aquí está mi vida. Confío en ti. Si lo que digo es verdad, si esta causa es tuya, sé que triunfaré, aunque me quiten la vida. Y por eso voy a seguir hablando tu Palabra, Señor. No voy a callar.” Así perdió el temor. Así dejó de ser esclavo del miedo y del poder opresivo, y se convirtió en un hombre libre que ya no temía nada porque confiaba en Dios. Eso es la fe. Y cuando Lutero predicaba que somos salvos por fe, eso es lo que quería decir: cuando confiamos plenamente en Dios, cuando con fe ponemos nuestra vida por completo en sus manos, podemos hacer lo que sea, porque ya no le tenemos miedo a nada ni a nadie. A partir de ese momento, somos salvados, liberados, justificados. Somos las personas que

Dios quiere que seamos, las personas libres de las que Jesús hablaba cuando dijo, “Si ustedes siguen en mi Palabra, conocerán la verdad, y la verdad los hará libres.”

Hermanas y hermanos, hoy día tenemos que preguntarnos como iglesia, como Iglesia Luterana del Buen Pastor, ¿todavía tenemos ese mismo espíritu de Martín Lutero? ¿El espíritu de fe y confianza en Dios que dice, como decía San Pablo, Todo lo puedo hacer en Cristo que me fortalece? ¿O hemos perdido ese espíritu, esa fe? Como congregación, estamos viviendo momentos difíciles. En este año y los años recientes, hemos perdido a un buen número de familias, más que nada porque se han cambiado a otras partes fuera de México. Somos pocos. Tenemos pocos recursos económicos, y muchos de los que estamos sirviendo aquí lo hacemos como voluntarios, sin recibir ni un solo centavo. Así está nuestro pastor Pepe, los que sirven en el Consejo, los que cantan en Ensamble, y este servidor. Cuando somos pocos y aparentemente tenemos pocos recursos, y la situación económica se hace difícil, es muy fácil desanimarnos, agachar la cabeza y doblegar las manos. A lo mejor podemos pensar que los mejores años de esta iglesia ya quedaron en el pasado, que difícilmente podremos seguir sobreviviendo, e inclusive preguntarnos si vale la pena continuar frente a todos los obstáculos que enfrentamos.

Si vemos las cosas así, me atrevo a decir, que ya estamos vencidos. Ya hemos perdido la fe en el Dios para quien nada es imposible. Esta iglesia no está llamada simplemente a tratar de sobrevivir. Está llamada a cumplir con una misión urgente, una misión dada por Dios mismo. Como en tiempos de Lutero, hay mucha injusticia y opresión en el mundo que nos rodea, no solamente en la sociedad en general sino en la iglesia. Hoy día hay muchas iglesias que oprimen y esclavizan en lugar de liberar a la gente, sean católicas o evangélicas. De hecho, tenemos que reconocer que así a veces somos nosotros también, porque como decía Lutero, los cristianos seguimos siendo personas pecadoras, personas que no son perfectas sino que continuamente caen en acciones y prácticas opresivas e injustas. Inclusive, tener miedo frente al futuro es opresivo, porque ese miedo es un obstáculo para la liberación de nosotros y los demás.

Pero por eso Dios nos llama a ser diferentes, a continuamente reformarnos, como decía Lutero. Y ese ser diferentes, ese reformarnos, sólo puede partir de la fe, la fe que vemos en personas como Martín Lutero: la fe que se niega a aceptar toda opresión e injusticia, sobre todo la que se hace en nombre de Dios. La fe que proclama la verdad del evangelio, de que tenemos un Dios que nos ama tal como somos de pecadores y en Cristo nos recibe como sus hijos e hijas, un Dios que nos libera de ser esclavos del temor y el miedo, un Dios que nos transforma en personas para quienes no hay nada imposible, porque para Dios todo es posible. Esa es la fe que Dios quiere ver en todos nosotros, la fe que salva, justifica y libera. Esa es la fe que Dios quiere ver en ti. Esa es la fe que Dios quiere ver en esta iglesia, la Iglesia Luterana del Buen Pastor.

Hermanas y hermanos, hoy Dios nos está llamando a una tarea. En Jesucristo, nos ha dado una misión, en este momento y en este lugar. Y esa tarea, esa misión, es de ser sus instrumentos para liberar a la gente de lo que le oprime y esclaviza. Hay mucha gente que necesita conocer a un Dios diferente, un Dios que en Cristo ama a los pecadores en lugar de condenarlos y censurarlos, un Dios que nos pide una sola cosa: que confiemos en él. Nada más. Dios quiere que tú y yo, no sólo como individuos sino como iglesia, seamos sus instrumentos para forjar a personas como Lutero, personas que a pesar de ser pecadoras e imperfectas son personas de fe que no temen decir la verdad, rechazando la maldad y trabajando por un mundo diferente, una sociedad diferente, una iglesia diferente, donde reine no la esclavitud sino la libertad y la justicia. Nosotros necesitamos ser esa iglesia. La

gente alrededor de nosotros necesita que seamos esa iglesia. Y el mismo Dios, el mismo Jesucristo, necesitan que seamos esa iglesia. Por eso, frente a todas las dificultades y todos los obstáculos que enfrentamos, no podemos agachar la cabeza ni doblegar las manos. No podemos dejar de ser esa iglesia.

Por eso, te necesitamos, o mejor dicho, Jesucristo te necesita. A ti que eres miembro desde hace mucho tiempo. A ti que apenas te estás haciendo miembro. A ti que eres nuevo o nueva aquí, o incluso sólo estás de paso visitando. Queremos y necesitamos trabajar todos juntos en unión con otros que comparten la misma fe para ser la iglesia de Jesucristo que la gente necesita, que Dios necesita, que Jesucristo necesita, para forjar personas libres, personas de fe que pueden hacerle frente al mal y promover la justicia y el bien para todos y todas.

Esa, entonces, es la pregunta que enfrentamos hoy al celebrar una vez más la fiesta de la Reforma Protestante: ¿seremos esa iglesia o no? ¿Viviremos esclavizados por el miedo, resignados, callados, impotentes, pesimistas frente a los obstáculos que enfrentamos? ¿O serviremos a Dios y los demás como personas libres, sin temor, con el mismo espíritu de valor y lucha y plena confianza en Dios que vemos en gente como Martín Lutero? ¿Qué iglesia seremos? ¿Qué iglesia serás tú?